

fiesta tanto como la castidad, y tampoco el orgullo tiene llagas tan visibles como la depravacion de los sentidos.

Concluiré con algunas palabras destinadas á la parte cristiana de la juventud que me escucha.

Vivís, Señores, en un país en que estuvieron la moral y la religion mas estrechamente unidos que en ningun otro. Otros pueblos han recibido otros dones; el nuestro ha recibido el de una lógica inflexible que deduce en los actos lo que ha deducido en los pensamientos. La Francia no tendrá nunca mas que una religion expresada y defendida por grandes costumbres. Este es su instinto, y uno de sus títulos de gloria. Sed fieles á él, Señores, y pesad bien las consecuencias de vuestras virtudes: el siglo último no vió perecer la religion en Francia hasta que vió perecer el pudor; el sacerdocio no sucumbió hasta la desaparicion de toda juventud afecta á la castidad. El dia en que fué disuelto este batallon sagrado, concluyó el antiguo y santo reino. Vosotros lo habeis resucitado, Señores: esta jóven y sagrada guardia de la verdad es nuestro mejor augurio, el fundamento mas seguro de nuestra esperanza, la bandera mas gloriosa que ondea para nosotros. La religion os grita, en nombre del mundo vacilante, que conserveis y que acrezcais el honor de esta bandera.

SERMON VIGÉSIMO TERCERO.

De la impotencia de las demás doctrinas para producir la castidad.

La castidad es una virtud puesta en el mundo por la doctrina católica, y que ha sucedido á la mas general y mas horrible depravacion, no en el sentido de que no se halle aun corrompido el mundo cristiano, sino en el de que lucha contra la corrupcion, y de que la doctrina católica ha creado en él un sacerdocio casto, mujeres castas y una juventud casta. Y despues de haber demostrado esto á la luz incontestable de la historia, me parece, Señores, que debería pasar inmediatamente á las consecuencias que se deducen de este establecimiento tan extraordinario de la castidad. Pero en pos de la doctrina católica se agolpan otras doctrinas para disputarle el imperio, habiéndola combatido mas ó menos felizmente en diversas circunstancias. Es útil, necesario y curioso ver lo que han hecho estas doctrinas respecto de la castidad; es instructivo, una vez poseída, revelada y establecida la virtud, considerar lo que han hecho las doctrinas extrañas para sostener el paralelo bajo este respecto. Y hé aquí, Señores, sobre lo que llamo hoy vuestra atencion. Me referiré á cosas mas ó menos presentes, trataré de ellas con energía, con valentía; pero no obstante, con una bondad tan grande como la doctrina á que doy mi fe, y que tengo el honor de defender delante de vosotros.

Yo no puedo, Señores, seguir una tras otra todas las teorías que nos presenta la historia en la escena del espíritu humano desde hace diez y ocho siglos. Esto sería perderse en un laberinto; sería convocar ante vosotros todas las ideas que han cruzado por la inteligencia del hombre, con un éxito diversamente notable ó sin resultado ninguno: trabajo tan enorme como inútil. Porque sucede siempre que vencen algunas doctrinas, que aparecen superiores á las otras con una grandeza que obliga á detenerse en ellas, y que revela suficientemente lo que pasa en una region menos elevada que la suya. Pues bien, desde el advenimiento definitivo de la doctrina católica,

no hemos visto formarse á su lado mas que tres grandes creaciones doctrinales : el islamismo, el protestantismo y el racionalismo. No miento el cisma griego, aunque ocupe en el mundo un lugar notable, porque el cisma griego, extraño á todo movimiento real, no es otra cosa que la doctrina católica en el estado de petrificación.

Seis siglos habian trascurrido desde la predicacion del Evangelio, cuando en un rincon del globo, separado de todo el resto por soledades de arena, entre el Egipto y la Palestina, en el seno de una raza que descendia de Abrahan, cuya gloriosa tradicion habia conservado, á la sombra del nombre mas gracioso que haya designado jamás una patria al oido humano, en la Arabia, en fin, nació un hombre. Este hombre llegaba tarde para fundar una doctrina; porque llegaba despues de Cristo, cuando ya obedecia á la cruz todo el imperio romano, y se extendian las ramas de este árbol vigoroso desde la Siria al Egipto y á la Abisinia. No se intimidó sin embargo: conoció el Evangelio; juzgó, leyéndole, la inferioridad moral de su país, dividido entre la idolatría y los recuerdos abrahámicos, y sin aceptar el yugo de Cristo, desdeñando el papel de heresiarca á la par que el de fiel, se colocó entre el mundo antiguo que espiraba y el mundo nuevo que surgia por todas partes, esperando aplanarlos á entrambos, y hacerse, sobre su doble ruina, el último preceptor y el único dominador del género humano. Fundó el islamismo, que ha podido llamarse muy bien una herejía, por ciertas semejanzas manifiestas con el sistema cristiano, pero que se separa de él por la negacion absoluta de la Trinidad y de la divinidad de Jesucristo, y que en el fondo no es otra cosa que un ateismo tradicional, que tiene por tipo, mas ó menos exacto, las creencias y las costumbres de la época patriarcal. El nombre de Abrahan llena todo el Alcoran; es la vida del islamismo. Mahoma ha sustituido Abrahan á Jesucristo, esperando derrocar con él á un tiempo mismo el cristianismo y la idolatría; Abrahan ha sido para Mahoma lo que los primeros siglos cristianos fueron mas tarde para Lutero. Mahoma se volvió hácia lo pasado, eligiendo un punto que creia el verdadero punto del tiempo y de la verdad.

Mahoma consiguió su objeto, Señores; fundó una doctrina, y hace cerca de mil doscientos años que muchos pueblos datan su historia por su hegira victoriosa. Pero ¿cuál fué el resultado de esta doctrina para las costumbres? ¿Cuál ha sido respecto de la castidad el fruto de esta memorable fundación? No necesito decíroslo: conocéis la horrible depravacion de los pueblos mahometanos, que cayeron

en un abismo mas hondo que las costumbres de Grecia y de Roma, viviendo en virtud de su ley en la poligamia mas desenfadada, habiendo humillado á la mujer en una servidumbre y una vergüenza mayores que la de la sociedad pagana, y publicando excesos que no puede trazar palabra alguna. Y no creais que quiso esto Mahoma: no, Mahoma no lo quiso. Como fundador queria elevar á su pueblo, y lo consiguió bajo ciertos respetos. Es manifesto que su intencion y su orgullo eran traer á la vida la civilizacion transitoria de los patriarcas, y la poligamia nos lo demuestra, así como el espíritu de hospitalidad que respira en el Alcoran. Mahoma no quiso corromper la Arabia, sino regenerarla, volverla al tiempo de sus célebres y piadosos antepasados. ¿Por qué no lo hizo realmente? Porque no pudo. Ni su corazon fué bastante puro, ni su mano bastante fuerte para imponer á las poblaciones que pretendia regir, la santidad y la castidad. El Arabe, como un caballo indómito, ha obedecido á su señor, cuando este señor le ha lanzado por el mundo con un pique de espuela que le prometia la victoria; y se ha lanzado bien con la cabeza ardiente, flexibles los remos, erizada la crin, para nivelar los pueblos en su potente tránsito; pero cuando ha sido preciso ponerle en la boca el freno de la pureza, ha mordido sus anillos de acero, y se ha visto que la doctrina que le arrojaba á la conquista del mundo era una doctrina templada con menos fuerza que sus músculos y que su pecho.

Dos palabras y concluyo. Mirad el Alcoran, y no descubriréis en él el signo de una depravacion voluntaria y calculada. La poligamia era una tradicion patriarcal; y en cuanto á las viles recompensas que se dice promete Mahoma en la otra vida á sus fieles sectarios, si es este el sentido que debe dárselos, es un sentido demasiado sepultado en el islamismo, para creer que haya sido la corrupcion el objeto real, y aun el medio autorizado ó confesado por el fundador. La corrupcion vino por la fuerza de los sucesos, como vendrá siempre, en forma de espuma, por encima de toda doctrina humana. Nosotros mismos, cristianos, á pesar de la sangre del Evangelio infiltrada en nuestras venas, ¿cuánta mayor energía no hemos necesitado contra las costumbres musulmanas que contra sus ejércitos? Mas de un caballero cruzado, al traer sus armas de Oriente, trajo tambien costumbres alteradas; y cuando Federico II, entre los tormentos de su ambicion, dejaba escapar estas palabras: «Saladino es feliz, porque no tiene papa que le impida hacer lo que quiera;» eran el grito del Arabe y del Turco, el grito del islamismo,

que salía de su imperial garganta en favor de las costumbres que había visto y que llevaba consigo.

En fin, libértámonos de él, aunque difícilmente, y algunos siglos despues se halló la sociedad católica, siempre mas ó menos atormentada, en frente de otro momento célebre y fatal. No os trazaré la pintura de los males de la Iglesia en aquellos tiempos. La Iglesia no tiene interés alguno en ocultar, no diré sus culpas, sino las de sus hijos. Ella es bastante fuerte para confesar sus debilidades á todo el universo. Por esto acepto, bajo este respecto, todo lo que queráis, como el atleta enfermo y tendido en un lecho acepta voluntariamente la injuria de sus adversarios, que vienen á mirar sus manos lánguidas y á buscar en ellas los signos de la muerte; porque, seguro de su fuerza, deja á su curiosidad la alegría del insulto; los latidos profundos de su corazón le bastan contra ellos, y le dicen la respuesta que dará en nombre de la vida á esta muerte que se espera le devore.

Como quiera que sea, hubo un hombre que quiso reformarnos; ¿y por qué? Nosotros mismos no hablamos al mundo de otra cosa que de reforma. En los claustros, en las cátedras episcopales, en la cátedra apostólica, en el primer rango de los santos, veo sentados reformadores; y por do quiera que se encuentran hombres, es necesario que un dia ú otro dia esta potestad de la reforma atraviése y se encuentre, como se levanta súbitamente en el horizonte un viento en el Océano, cuando ha estado largo tiempo apacible y no revela ya á las naves que lo surcan su fuerza y su temeridad, advirtiendo á los marineros que luchen por medio del arte y de la energía contra este enemigo, que no es en el fondo mas que un reformador de su adormecida molicie.

Gracias á Dios, la reforma es pues una cosa de la Iglesia, y el título de reformador, el mas bello que concede á sus hijos despues del de fundador. Y aun algunas veces no excede el uno al otro, y S. Bernardo está sin pena al lado de S. Benito.

Pues bien, en el siglo XVI, en un rincón de la Sajonia, se halló un hombre que tuvo el pensamiento de reformarnos, y en verdad que tenia este derecho mas que ningun hombre de su tiempo; porque habia recibido de Dios una elocuencia que salía de sus labios ó que caía de su pluma con igual fecundidad: alma ardiente, tan capaz de retener con el amor como de subyugar con la doctrina, y á cuyo carácter nada faltaba para asegurar la potestad de su espíritu. Añádase á esto que era un cenobita. La Iglesia lo cogió en el siglo,

le cubrió con un sayal, le arrojó bajo el cilicio y la ceniza; él habia sentido la vara feliz de la obediencia, las alegrías de la humildad, y esa mezcla de una bella naturaleza con una fuerte gracia le habia preparado maravillosamente para volver á los demás todos los dones del cielo, engrandecidos por haber pasado por su corazón. ¿Qué mas? ¡Un hombre de genio, un orador, un escritor, un monje, todas las potestades y todas las glorias en esta jóven mano! Dejémosle edificar su obra.

Ha concluido, Señores...; pero ¿dónde se le encuentra? ¡no ya en el hogar sagrado de la tienda cenobítica, sino en el atrio de una casa vulgar, tendidos los piés hácia un fuego doméstico y con una mujer á su lado! ¡Él, dos veces consagrado vírgen por la unción del sacerdocio y por los juramentos del claustro! ¡Él, que fué hecho Cristo por la Iglesia, y que no encontró la Iglesia bastante pura para él! ¡Vedle ahí casado! y no solo. Su palabra ha quebrantado la puerta de los antiguos conventos de la Germania; ha turbado la castidad secular del anciano y la mas pura aun del jóven; ha evocado del sepulcro todas las concupiscencias de la carne. Dios no eleva solamente á los sacerdotes por la doctrina católica á la continencia absoluta, sino que hizo el don de esta continencia é inspiró su gusto á otros mil. Preparó para cada miseria del mundo una virginidad que debia ser su madre y su hermana; y este hombre lo destruyó todo. Desecó el sacerdocio en sus mismas raices, quitándole los estigmas de Jesucristo, que debe llevar por medio de su castidad en su carne crucificada. Volvió al siglo las almas privilegiadas que le habia arrebatado el Evangelio, despobló las soledades en que velaba la oración bajo la guarda de la mortificación. Todo este corazón, todo este genio, toda esta elocuencia, toda esta fuerza de alma, todos estos planes de reforma fueron á parar, no al diluvio, sino al matrimonio universal.

No es mia esta palabra, Señores, es de Erasmo. Ya conocéis á Erasmo. En aquel tiempo era el primer académico del mundo. En la víspera de las borrascas que debian conmover la Europa y la Iglesia, escribía con la mas consumada elasticidad. El universo se disputaba una de sus cartas; los príncipes le escribían con orgullo. Pero cuando tronó el rayo, cuando fué preciso declararse por el error ó por la verdad, y dar á uno ú otro su palabra, su gloria y su rango, este buen hombre tuvo valor de permanecer académico, y se extinguió en Rotterdam, concluyendo una frase elegante, pero desgraciada. Vió antes de morir los frutos de la reforma, bien inesperados

de él, y se vengó de ella con la palabra que acaba de escapárseme.

Pero ¿pensáis que los reformadores quisieron llegar hasta aquí? No, Señores, no lo quisieron. ¿Creeis que lo quieren hoy? ¿Creeis que las iglesias protestantes, cualquiera que sea el nombre que lleven, no aspirarian si pudieran á tener un sacerdocio que luchara por medio de la castidad contra el sacerdocio católico? ¡Ah! Señores, solo la Inglaterra da cada año veinte y cinco millones para enviar misioneros casados á todo el universo; pues bien, sabedlo, ella daría estos veinte y cinco millones por crear un sacerdote casto. Pero veinte y cinco millones protestantes no bastan para una obra que solo cuesta á la Iglesia católica una gota de aceite. A cada uno su parte. Al lado de la iglesia anglicana, la mas rica del mundo, se eleva la iglesia de Irlanda, la mas pobre de todas, que va á pedir el pan cotidiano á la puerta de sus fieles; pero la iglesia de Irlanda tiene hijos que la veneran, sacerdotes que participan y consuelan la miseria humana, apóstoles que llevan su fe á los confines del mundo; y la iglesia anglicana, coaligada con la iglesia evangélica de Prusia no ha podido enviar poco há á Jerusalem, para representarla en el sepulcro del Salvador del mundo, mas que á un obispo casado.

Mahoma habia fundado, Lutero habia reformado; el siglo diez y ocho aspiró á una obra mas completa, mas nueva, y si es lícito decirlo, la mas magnífica que jamás intentaron los hombres; aspiró á la transformacion de la humanidad. Hasta entonces habia vivido la humanidad apoyada en la religion; el siglo diez y ocho quiso romper su alianza y establecer en toda la tierra el reinado de la razon pura. ¿No hemos recibido de Dios, decia, una razon que emana de la suya? ¿No hemos recibido de él una conciencia que es un reflejo de su justicia eterna? ¿No es el hombre, como sér inteligente y moral, un sér completo, libre, dotado de verdad, conociendo el bien y el mal, y pudiendo dirigirse en sus vias? Y si es así realmente; si el hombre tiene una conciencia recta, una razon verdadera, la misma en todos los siglos y en todos los paises, ¿para qué estas religiones diversas que se disputan el honor de conducirle á una verdad que anatematizan recíprocamente? Mientras que la razon es una, universal, pacífica, las religiones, fruto de inexplicables sueños, aumentan en cada siglo la larga lista de sus variedades, y hacen del mundo un campo de batalla en donde luchan paganos contra cristianos, protestantes contra católicos, luteranos contra calvinistas, griegos, armenios, mahometanos, indios, razas sin nombre, que desgarran la humanidad en sangrientos girones. ¿No es acaso tiempo de volverle ó de

darle la unidad, porque la haya perdido, ó porque haya necesitado una larga educacion para merecerla? Tal era, Señores, el pensamiento del siglo XVIII, y por una rara fortuna se encontró, para ejecutarlo, una multitud de espíritus superiores, poetas, historiadores, moralistas, novelistas, jurisconsultos, hombres eminentes en todo género de creaciones literarias y científicas, capaces de destruir y de edificar. Jamás se habian visto tantos talentos coaligados en un mismo pensamiento; y el siglo feliz que los produjo, podia decir, al ver su concurso y su ardor, que en efecto se le habia confiado una obra verdaderamente providencial, cuyo fausto cumplimiento vería bien pronto.

Saludad, Señores, saludad á esas esperanzas del ingenio humano, á esas atrevidas promesas, esa larga navegacion por las regiones desconocidas de la verdad: saludad á esos argonautas que van á cruzar á velas desplegadas las columnas del Hércules de la humanidad, y que ven levantarse ya ante ellas las islas afortunadas del porvenir.

¿Y qué hace en tanto la Iglesia? La Iglesia parece ponerse pálida: Bossuet no da ya oráculos: Fenelon duerme en su memoria armoniosa: Pascal ha roto en el sepulcro su pluma geométrica: ya no habla Bourdaloue en presencia de los reyes: Masillon ha arrojado á los vientos del siglo los últimos sonidos de la elocuencia cristiana. España, Italia, Francia, yo escucho por todo el mundo católico; ninguna voz potente responde á los gemidos de Cristo ultrajado. Sus enemigos se aumentan diariamente. Los tronos se mezclan en sus conjuraciones: Catalina II escribe tiernas cartas á estos felices genios del momento, desde los hielos de la Crimea, al salir de una conquista sobre el mar ó sobre la soledad: Federico II estrecha sus manos entre dos victorias; José II va á visitarlos, y depone la majestad del santo imperio romano en el umbral de sus academias. ¿Qué decís de esto? ¿Qué decís del silencio de Dios? ¿Qué hace? El siglo ha marcado ya el día de su caída; esperad: una hora, dos horas, tres horas... mañana enterramos á Cristo. ¡Ay! haránle bellos funerales; han preparado una procesion magnífica; irán á ella las catedrales, se colocarán en fila y se irán de dos en dos, como los rios que van al Océano para desaparecer con un ruido final. ¿Qué decís de esto, Señores? Es cierto, Dios callaba, y se hacia pequeño. Lo habia quitado todo á su Iglesia, todo excepto á sí. Jamás habia dejado Dios hasta entonces desarrollarse totalmente el error; siempre le habia roto la garganta en uno ú otro momento,